

20° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 18.09.2014

“In Christi amore pro inimicis orare” (RB 4,72).

Ser para los demás en Cristo, sin límites, sin reservas, sin condiciones, es el amor de Dios que se manifiesta en el mundo. Pidiéndonos amar a los enemigos y orar por ellos, Jesús nos ha hecho partícipes de su amor. No solo nos lo ha pedido, solicitado como exigencia y mandamiento, sino dado, como gracia, como don del Espíritu, porque este amor sin límites, sin condiciones, no le sería posible al hombre. Cuando san Benito nos evangeliza, es decir, nos transmite el Evangelio pidiéndonos orar por los enemigos, nos pide amarlos, porque no hay amor más grande que acoger al otro en nuestra relación con Dios, y, por lo tanto, compartir a Dios con los demás. Cuando rezo por el enemigo, como por el amigo, comparto con él la comunión con Dios, y, consiguientemente, a Dios mismo que es amor. Pero Benito sabe que esto no puede pedirnoslo sino indicándonos el ámbito en el que es posible este amor, el ámbito fuera del cual el amor a los enemigos es imposible. Este ámbito, esta morada, es el amor de Cristo, la experiencia del amor de Cristo: *“in Christi amore pro inimicis orare”*.

En este instrumento de las buenas obras encontramos en el fondo la veta del Sermón de la Montaña, donde Jesús pide a los discípulos ser perfectos como el Padre, es decir, ser plenamente hijos de Dios, por lo tanto, plenamente *en Él*, en Cristo. Si, como hemos visto, Jesús nos da su Corazón, su vida, si nos da la gracia de ser en Él y Él en nosotros, la manifestación y el efecto visible de esta mística cristiana es este amor sin reservas, el amor por los enemigos rezando por ellos:

“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.” (Mt 5,43-48)

Decía ayer que existen tantas divisiones y conflictos en las comunidades, como en la Iglesia, entre las Iglesias, y en el mundo. Cuando intento comprender por qué una comunidad está dividida, por qué existen tantas hostilidades, me doy cuenta que la razón es que en el fondo estamos dispuestos a amar solo en ciertas condiciones. Ponemos condiciones al amor. A menudo sin darnos cuenta de esto. Es como si nuestra decisión de amar, de “ser para el otro”, por lo tanto, de ser benévolos hacia el otro, fuera siempre un comercio, un mercado. Te amaré si... si... si... Solo si el otro responde a todas las condiciones de mi invisible contrato de venta, entonces, lo amaré, o, por lo menos, me caerá simpático. El fallo está en que este amor nace muerto. Porque pretender que el amor pueda depender de nuestras condiciones, seca el amor de raíz. O, más bien, es como pretender que la savia vital de un árbol provenga de las hojas y no de la raíz.

Sin embargo, el amor puede venir solo de una raíz de gratuidad, de una fuente gratuita. Cuando decimos “Te amaré si... si... si...” quiere decir que creemos que somos nosotros la fuente del amor, que el amor es un bien que podemos conceder nosotros mismos, si somos bien “pagados”, retribuidos. Es el error fundamental, el pecado fundamental contra la caridad, como escribe san Pablo, “la caridad... no busca su propio interés” (1 Cor 13,5).

Jesús nos dice que podemos amar solo como hijos del Padre, como hijos que miran amar al Padre, que se dejan amar por el Padre, y contemplan en todo, incluso en el sol y en la lluvia, el amor sin condiciones, sin si... si... si..., del Padre del Cielo hacia todos los hombres. Por lo tanto, solo podemos amar “en Cristo”, es decir, en el Hijo del Padre en el que nuestra persona, nuestra vida, se encuentra allí donde el Padre dice al Hijo: “Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco” (Mc 1,11).

Nuestro Bautismo, prefigurado por lo que Jesús quiso recibir en el Jordán, nos permite estar en Cristo allí donde el Padre expresa hacia nosotros todo su amor, y, por lo tanto, nos permite alcanzar, como de una fuente de agua viva, todo el amor sin condiciones que nos pide hacia el prójimo, incluso hacia el enemigo. No hay límites en el amor que podemos dar a todos, porque no hay límite, no hay medida, en el amor que recibimos en Cristo del Padre, el amor que es la Caridad del Espíritu Santo.

Cuando no conseguimos reconciliarnos con alguno, amar a alguno, sobre todo a los miembros de nuestra comunidad, es señal de que no vivimos lo suficiente, como dice san Benito, “*in Christi amore* – en el amor de Cristo” (RB 4,72), es decir, que faltamos a la adhesión a Cristo, a la vida en Él, es decir, a la mística, o a la piedad, si preferís un término más paulino (cfr. 1 Tm 4,7-8). No es solo porque “somos malos”: esto lo sabemos y Jesús nos lo ha dicho sin contemplaciones en el Evangelio (Lc 11,13). Esto no es un problema, porque nos ayuda a reconocer humildemente que “ninguno es bueno, sino solo Dios” (Mc 10,18). Solo “*in Christi amore*” nuestra maldad desaparece, consumida, y también transformada en humilde caridad.

En su pieza teatral *Son las doce, Doctor Schweitzer*, Gilbert Cesbron pone en boca del Hermano Charles de Foucauld la respuesta a alguien que se asombra de que siga una vocación religiosa tan extrema después de una juventud disipada y pecaminosa: “Dios no se fija en los detalles: Él nos enrolla en su combate enteramente, tal como somos, con lo bueno y con lo malo. Si tú arrojas un tronco al fuego, los gusanos que lo corroían se queman con él.” (I,IX).

Pero es preciso arrojar todo en el fuego de Dios, inclusive la propia maldad, y diría incluso la propia bondad, la propia generosidad natural. Todo en nosotros debe pasar a través del fuego del crisol del amor de Cristo. Solo desde él nuestro amor renace como Su amor, como el amor de Su Corazón al mundo, que es el único amor gratuito y sin límites.

Esto es lo que san Benito nos ilustra, nos pide, y, sobre todo, nos da, diciendo: “*In Christi amore pro inimicis orare* – En el amor de Cristo, orar por los enemigos” (RB 4,72).